



PERSONAJES

ARKADIO, KATIA, PETROUCHKA y UNA  
VIJEJA CRIADA

ESCENA I

(Habitación en casa de Arkadio.  
Kale y Katia están junto a un brasero. Es el anochecer).

ARKADIO.—Antes de que entre la noche, llegará Petrouchka. Le escribí diciéndole que viniera.

KATIA.—Ya lo sabía.

ARKADIO.—La sabía... ¡Cómo lo sabía, si no te lo dije! Hace seis meses que partió Petrouchka, y no se habló más de él. Sin embargo, diess que lo sabía.

KATIA.—Lo sabía porque tenía que ser... porque no podía ser de otro modo. ¡Acaso tú sabes para qué lo has llamado! ¿Sabe alguien...? No. Nadie sabe nada. Le has escrito porque tenías que hacerlo... Nadie sabe nada. Tú... Yo... Nadie.

(Hay un instante de silencio. Se oye la respiración casi pensosa de Arkadio).

ARKADIO.—Me has tocado.

KATIA.—No.

ARKADIO.—Alguien me ha tocado el hombro. No hay aquí nadie más que tú.

KATIA.—Nadie más que yo.

ARKADIO.—Y yo he sentido un golpe muy suave, aquí, en el hombro. Como si alguien me llamara.

(Entra una mujer muy pequeña y muy vieja. Tiene cien, doscientos años. Sus pantuflas recogen hilachas de marmelada).

LA VIJEJA.—Anochece ya. Las caminos están en sombras. Hace mucho frío... He visto huellas rojas en la nieve... Huellas rojas... huellas rojas...

ARKADIO.—¿Dónde has visto huellas rojas?

LA VIJEJA.—Aquí mismo. Ante la puerta... allá, más allá...

KATIA.—Has visto... ¡Acaso vemos algo! Lo que tú has visto no lo ha visto nadie, ni nadie lo vería más que tú. Esta noche...

LA VIJEJA.—Una luz muy leve avanza por el camino grande. Debe ser un trineo...

(Katia suspira. Arkadio se levanta y apaga la frente contra los vidrios de la ventana que da a la noche).

ARKADIO.—¿Dónde? No veo ninguna luz.

LA VIJEJA.—No. Ya no se ve... Sí. Allá. ¡La yes! Se bambolea como si quisiera irse.

ARKADIO.—Avanza. Avanza cada vez más.

KATIA.—Petrouchka...

ARKADIO.—Sí. Es Petrouchka que llega.

# EL TRINEO

## POR ALBERTO FRANCO

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

ESCENA II

puerta, una ráfaga de aire frío entra en la estancia y apaga la luz de la lámpara. Queda la escena con la sola claridad del hogar.

KATIA (se acerca a la vieja y le habla en voz muy baja).—El le ha llamado. No sabe por qué; no sabe por qué... Por eso le ha llamado. Procedió instintivamente, como todos los que no saben. Pero le ha llamado porque tenía que ser... Yo lo sabía... Y, ¡por qué tenía yo que saberlo! ¡Por qué quiero que seaf... Porque tenía que ser. Sí. Esta misma noche... Esta misma noche... Tú se lo dirás.

(La entrada de una gruta. Es la noche muy alta. Se oye silbar el viento, que forma en el interior un rumor parecido al que se escucha aplicando al oído un caracol marino. Entran Katia y Petrouchka tomados de la mano).

PETROUCHKA.—Por aquí, Katia. Despacio... despacio...

KATIA.—Nos habrán visto salir.

PETROUCHKA.—No. No nos han visto. Arkadio no ve nada. Mira, pero no ve.

### GREGERIAS MARINAS

CUANDO se ven salir los grandes transatlánticos del puerto, parece que las casas aburridas se escapan de la ciudad.

\*\*\* Para los ingleses el mar es, en los ratos de paz, como una marmelada, y en los de batalla, como un infierno.

\*\*\* Las velas de los grandes y curtidos veleros van convirtiéndose poco a poco en velas de bacalao. Cuando más atezadas llegan a ser, resultan velas de bacalao de Escocia.

\*\*\* El otoño parece hacer morir las algas en plena juventud, porque el mar no puede esparcir secas las hojas de sus árboles.

\*\*\* Cuando el mar combate mucho con las rocas, deja en ellas unas falsas fuentes de agua, que las dan ilusión de manantiales.

\*\*\* La orilla del mar es pasco de repetidas convalecencias.

\*\*\* Las playas atontan con su sensación de oír súbitamente no se sabe qué estruendo, para después incurrir en una especie de sordera traumática.

\*\*\* El peñón que va a caer desde las escarpaduras que vemos caerse en un minuto como este, sin que lo anuncie aviso ni campana.

\*\*\* Hay unos cobetes de olas que romatan la furia del mar.

\*\*\* Es un crimen de la apatía marinera el dejar que floten atreídas, como en féretros de las aguas, esas barquillas desgraciadas y como sin dueño.

\*\*\* Hay olas que claman tenebrosas como con una sed de Injusticia. (No todo ha de ser sed de justicia).

\*\*\* ¡Se ven capumas de caballo jadeante, que muerde los frenos de la resaca!

\*\*\* Las descargas cerradas de la artillería de las olas después de la tormenta hacen pensar que el mar más cargado de agua y de rayos en ese epiflogo, fustiga con el "rato de siete colas" los flancos de la costa.

### OTRAS GREGERIAS

CUANDO muere un general en un país, muere otro y otro en los demás países, pudiéndose llamar a esto "la ley de las escalas correspondientes".

\*\*\* Hay ciertos audios que parecen aguas en que se limpiaron los pináculos de las acuarrias de todos los palacetes y marinistas.

\*\*\* No barren apenas los jardines. He echado en sus paseos fechas de ayer y nadie las ha barrido.

\*\*\* Hay unos hombres que se están mirando siempre una uña como si tuviesen pintado o escrito algo en ella.

\*\*\* Pasa fotografías que se exhiben en las tiendas en que se venden máquinas fotográficas, son fotografías que no son ni de artistas ni de particulares, sino sólo de las familias de los grandes fotógrafos, sus esposas o sus hijas, las artistas dramáticas y poseantes de las cámaras oscuras. ¡Qué lástima de serse inarabados y anónimos!

\*\*\* No miraba el reloj de pulsera como al se mirase una inyección envenada, o la huella en la muñeca de una cicatriz a medio cerrar.

\*\*\* Los lunos es cuando hay más fantasmas, porque hay más camaleas en las terrazas y ellas se pujan la que pueden y se escapan a dar sustos de fantasmas por el mundo.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

KATIA.—El te ha llamado.

PETROUCHKA.—Sí; pero no era él. Eras tú quien me llamaba. El, inconsciente, ha ejecutado tu voluntad. Eras tú. Pero, ¿para qué me llamabas?

KATIA.—No sé. Era preciso. Esta noche... esta noche llegará. No sé quién, no sé de dónde, pero ha de llegar. Pienso en esto y siento que una gran paz me llena el espíritu.

PETROUCHKA.—Katia... ¡Deliras!... ¿A quién esperas? Dime, ¿a quién?

KATIA.—Deliro. No sé a quién espero; pero sé que vendrá. Y siento que debía esperar a tu lado, así, a tu lado, junto a ti, como antes... ¿recuerdas?

PETROUCHKA.—Antes... ¿Para qué recordar? El recuerdo nos envejece.

KATIA.—Pero a veces es lo único cierto.

PETROUCHKA.—Antes... Antes era primavera y bebíamos sol y brisa. Corríamos tomados de la mano, como pequeñuelos. Cantábamos. Nos parábamos a ver, asombrados, el vuelo de una mariposa con todos los colores del iris. Antes... Hubiera sido mejor morir... La muerte era dócil entonces, y hubiera descendido a nuestros párpados, cariñosos, pluvial, como una mano amiga.

KATIA.—En cambio, ahora...

PETROUCHKA.—Ahora hace frío... Yo siento un frío muy grande, de dentro hacia fuera... La muerte...

KATIA.—¿Has pensado alguna vez en la muerte? No. No morimos nunca. Nada muere. La muerte es Dios, eternidad de amor y sonrisa. Vieras qué buena es la muerte... Yo sé que es buena.

PETROUCHKA.—¿Qué cosas dices, Katia! Y eres hermosa como entonces. Todavía tiene tu pelo el aroma de las hierbas. La claridad del mar me hace ver, a ratos, tus ojos azules... azules... Ven, así, más cerca... Bésame.

KATIA.—Sí, juntos, ¡juntos! Hasta que llegue... Verás como llega... Siento que está cerca... Apriétame... ¡Así! Fuerte, fuerte...

PETROUCHKA.—Míra... míra.

KATIA.—Tuya... ¿Ves esa luz pálida que avanza? Es un trineo. Ocho galgos le arrastran y otros ocho le siguen... Es como una procesión muy larga de recuerdos...

PETROUCHKA.—¿Dónde?

KATIA.—Aquí. ¡Ya está aquí! ¡Bésame, Petrouchka, bésame! Así, en tus brazos. ¡Tuya, tuya! ¡No has oído! Aquí está. Llega. No sabemos nada... nada... pero lo presentimos. Tenía que ser en tus brazos... ¡Ya está! ¡Ya está aquí! Pe...trouch...ka...

(Petrouchka tiene en sus brazos el cadáver de Katia. Fuera, silba el